

res,—entre los cuales descuellan el de Diego, el *formidable amigo*, y el de su esposa Gregoria,—no son todos igualmente verdaderos: hay mucho convencionalismo en Gabriela, en Lázaro, en el Padre Manrique, en el propio Fabián: pero ¡hasta qué punto brilla y se ostenta en *El Escándalo* la gran cualidad de Alarcon, el arte de narrar y componer como nadie!

No consiste el arte del narrador delicado en despertar el interés é irritar la curiosidad del lector para que continúe y vuelva febrilmente las páginas, hasta encontrar en la última la clave del enigma. Esto es el *abc*, por decirlo así, y en esto descollaron escritores como Alejandro Dumas padre, que ni son ni serán nunca *clásicos*, en el sentido amplio y humanísimo que debe tener la palabra. El arte de narrar de Alarcon es del género fino y exquisito: fúndase en *el gusto*, en la sazón y condimento, en el equilibrio y armonía; es una resultante de la sabia combinación de distintos ele-

mentos literarios: propiedad, limpieza y naturalidad del lenguaje, soltura y energía del estilo (que á veces llega á una intensidad pasmosa, como en el diálogo de Fabián y Diego en el cafetucho de *Daoiz y Velarde*); sobriedad en la descripción (véase la de Gabriela, página 119), y gran fuerza dramática. Por esta fusión de méritos, y no por amontonar sucesos y atropellar lances de amor y fortuna, interesa *El Escándalo*, lo mismo hoy que cuando se escribió. Su tesis y su moral estoica pueden ser discutibles: su belleza es indudable, y sólo mostrándose vence, como Friné.

Con esto pudiera darse por satisfecho Alarcon, y llevar en paciencia á los censores, consecuencia prevista de la resonancia de una obra y la gloria de un nombre. Mas no se lo permitía su fogoso natural, y por la diatriba que en la *Historia de mis libros* corresponde al *Escándalo*, se ve cuánto le escocían las objeciones de la crítica.

III

El Niño de la Bola.

Del efecto que causaron á Alarcon los saetazos que califica de *mottin liberalesco*, nació, según él mismo declara, el pensamiento de escribir *El Niño de la Bola*, novela donde ya el escritor no apareciese como *neo-católico* y *ultramontano* (y sabemos que en efecto no lo era), sino solamente como espiritualista y abogado de una religiosidad abstracta y genérica,— programa expuesto en su discurso de entrada en la Academia Española, que versara sobre *La moral en el arte*. Allí se lefa este párrafo: «No teman, pues, los enemigos de Jesús, ó los meros campeones *del arte por el arte*, que yo vaya á confundir la bondad metafísica con la ortodoxia católica, y á fulminar excomuniones estéticas sobre la gentilidad y la herejía....» Siempre fiel al espíritu conservador, el ideal de Alarcon no era *la ortodoxia*, sino una componenda entre el

rigorismo neo-católico y el racionalismo espiritualista, deista, con sabor á la vez religioso y elegante. Quería ser el escritor *bien pensant*, el Octavio Feuillet, dueño de la llave del hogar, admitido en los salones, de ninguna manera el inquisidor tétrico y sombrío; y de inquisidor se veía tratado, y la venera le colgaban al cuello los críticos, no sé si desorientados ó maliciosos, aunque juzgo más probable lo primero....

Deseoso de encontrar la apetecida fórmula de conciliación, resolvióse á escribir *El Niño de la Bola*, donde suprimido el *coco* jesuítico, desempeñaba el papel de doctor moral un humilde párroco de aldea, «que no sea jesuita, ni tan siquiera un teólogo conservador, sino un ignorante cura de misa y olla, muy simpático entre los mismos liberales, y solamente aborrecido por los impíos de profesion, declarados enemigos del género humano.» No se ocultó esta maniobra á Revilla, y viendo á Alarcon batirse en retirada, estampó las siguientes frases en su

crítica de *El Niño de la Bola*: «Debemos declarar que tienen razón los que afirman que el Sr. Alarcon (que parecía católico ferviente en *El Escándalo*) en su última novela no defiende más que el espiritualismo religioso en general, sin ceñirse á una determinada religión positiva.» No obstante, ni aun así quiso transigir el insigne orador del Ateneo, y apretó más la cuña con esta afirmación: «*El Niño de la Bola* encierra evidentemente una tesis parecida á la de *El Escándalo*, y esta tesis no es otra que la afirmación de que no puede haber moralidad verdadera sin creencias religiosas, y de que las pasiones avasallan al hombre y lo arrastran al abismo, si no le aparta de ellas la fe en la existencia de Dios y en la espiritualidad é inmortalidad del alma humana. Con esta doctrina se enlaza, aunque en segundo término (y basta para comprenderlo leer atentamente ciertas frases del capítulo primero del libro cuarto) la de que, si tales creencias no fuesen verdaderas, convendría, sin em-

bargo, no atacarlas, tanto por el consuelo que proporcionan á los desgraciados, como por ser auxiliares poderosos de la moral y el orden social.»

No es posible expresarse más clara y exactamente: diríase que Revilla estaba leyendo en el alma de Alarcon, é interpretando su pensamiento, sin excluir la famosa teoría de las *malas noticias*.—Tal vez fué esta misma perspicacia lo que principalmente exaltó á Alarcon, empezando á producir en su ánimo el tedio y disgusto que poco más adelante le determinaron á abandonar las letras. Léanse con atención las páginas referentes al *Niño de la Bola*, en la interesantísima *Historia de mis libros*, y allí se verá, por lo grave y terrible de ciertos párrafos, el temple y disposiciones en que Alarcon se encontraba. Si las observaciones de Revilla calaron hasta lo más profundo de su amor propio de autor dispuesto, como Chateaubriand después de la Revolución francesa, á reedificar el templo, otros flechazos periodísticos, acusaciones

de haber preparado el *éxito de prensa* de *El Niño de la Bola*, sublevaron su dignidad personal, haciéndole romper en tremenda catilinaria contra «los más notorios corifeos de la envidia», catilinaria sazónada con insinuaciones de la índole que verá el lector: «Lo único ilícito en estas materias, y lo que yo no he hecho ni haría nunca, *bien que se le permita á otras clases de productores, es celebrar la propia mercancía literaria, ó pagar la alabanza ajena, aunque haya quienes propongan tales negocios....*»

¡Extraño cuadro de costumbres literarias el que se vislumbra al través de esas cláusulas saturadas de ajeno!... Pero—se me dirá—aparte de sus propósitos docentes, ¿no puede incluirse al *Niño de la Bola* en el número de nuestras mejores novelas modernas? Los mismos propósitos docentes, ¿por qué han de amenguar el mérito del libro?

Que *El Niño de la Bola* es novela rara, hermosa, fuerte, bañada de luz meridional, *étnica* en el sentido más delicado

de la palabra,—una novela como *Tarás Bulba*, de Gogol, esencia de la poesía de una raza verdaderamente poética,—lo considero probado para todo el que lea ese precioso libro.

No cada nación, sino cada raza de las que el nombre de nación unifica políticamente, sin lograr fundir la misteriosa diversidad y hasta oposición de sus sangres y de sus almas, tiene una poesía característica, modos de sentir, de soñar, de amar y de creer, que se revelan en momentos críticos, con belleza propia, íntima y penetrante. Esa poesía, que resplandece con fugitiva luz, el gran artista la sabe condensar en un libro, en un cuadro, en una estrofa. Después, la turbamulta de imitadores convierte en *manera* lo que empezó *inspiración*, y viene el derroche de color local empalagoso y falso, que recuerda las horchaterías y puestos de vino de las Exposiciones—la comparsa carnavalesca, la maja y el majo del cajón de pasas.—La poesía más llevada y traída, de la que más se ha

abusado tal vez, es la de nuestras provincias del Sur, de nuestro elemento moro ó berberisco. Los franceses la han vestido de máscara; nosotros la hemos arrastrado por escenarios de teatros infimos y tablas de pinta-monas. Pero así como, sobre el lienzo emborronado por inhábil mano, pueden los pinceles del maestro destacar briosamente el paisaje, la figura, el cuadro de composición, sobre el fondo del sobado y deslucido *color local* andaluz, todavía pudo Alarcon hacer campear las admirables figuras de D. Trinidad Muley, Manuel Venegas y Soledad. —Soledad, tan mal comprendida, y que fué una creación, presentada sin prosaismo de análisis, con esa fuerza sugestiva del poeta, que deja á la fantasía ilimitado campo. Manuel Venegas, el *Niño de la Bola*, es un loco, pero un loco grandioso; la idea fija y la impulsión no pueden estar mejor caracterizadas, y el autor se quejaba, no sin fundamento, de Revilla, que tomaba á Venegas por un hombre en su cabal juicio y le exigía la concordancia y consi-

deración de motivos propia de la cordura. Venegas ha sufrido en su infancia, con la trágica muerte de su padre, uno de esos sacudimientos que perturban hasta lo más hondo un cerebro humano; sólo que en vez de quedar, como Hamleto el sajón, en estado de fluctuación perpetua, Manuel Venegas el semita temple y concentra su voluntad hasta un grado increíble, y sale como el torrente, dispuesto á arrollar cuanto encuentre al paso. Es un Ajax, que, en su magnífica insensatez, no reconoce nada que le ataje ni acá abajo ni allá arriba, y es capaz, como el guerrero de la *Ilada*, de encararse fieramente con Dios para decirle:

«Libra ya, Padre Jove, á los aquivos
de niebla tan oscura; haz que veamos:
serena el cielo; y á la luz del día
¡destrúyenos á todos, si te place!»

Cuanto piensa y hace el *Niño de la Bola*, tiene caracter de idea fija. Idea fija, el odio al usurero que causó á su padre la muerte; idea fija, la pasión por Sole-

dad, la hermosa hija del logrero infame; idea fija, la de enriquecerse; idea fija, la venganza.... Manuel Venegas vive en ese perenne eretismo de la voluntad que hace á los grandes conquistadores, á los hombres que no vuelven el rostro atrás hasta llegar á la meta. Ha resuelto ser rico, y lo consigue; los medios son inverosímiles y recuerdan ciertos milagros semi-científicos de los aventureros de Julio Verne; pero de un modo ó de otro se hubiese hecho rico Venegas, porque almas como la suya logran cuanto se proponen querer. La riqueza, no obstante, la toma él como *medio*: medio de rehabilitar con puntillosa caballerosidad la memoria de su padre, y medio de poseer á Soledad.—Al regresar millonario, Soledad ya es de otro.... No importa: ese otro no existe; morirá; morirá también el fruto de ese amor...., y Soledad será de Venegas.—Esta es la escena culminante del drama; este es el momento en que Alarcon beneficia y desarrolla aquellos gérmenes de romanticismo tan mal aprovechados en las obras

de su juventud, cuando buscaba en las regiones polares el romanticismo que tenía alrededor, codeándose con el realismo del *Sombrero de tres picos*.... en el pueblo, en los lugarones de la morisca Alpujarra, sobre cuyas crestas vaga todavía la sombra de Aben-Humeya!

El indomable mozo, á quien no contienen respetos humanos ni divinos, retrocede un instante, domado por lo que representa para él tiernas memorias de la niñez y sacros respetos á la virtud y á la bondad. Don Trinidad Muley y la encantadora efigie del Niño-Dios desarman á la fiera. Revilla quería que la novela terminase en ese episodio dulce y edificante para el lector. «El triunfo del deber y de la conciencia sobre la pasión ponía digno remate á la obra, y el protagonista de ésta llegaba á las alturas de lo sublime, y aparecía más grande llevando á cabo el más heroico de los sacrificios, que satisfaciendo sus pasiones. Si la novela terminara así, podrían dispensarse todos sus defectos.» O estoy muy equi-

vocada, ó si la novela terminara así, el estado de alma de Manuel Venegas se desmentía por completo. Venegas,—el autor lo afirma,—es un demente, un insensato: obra por impulsión, no se sirve del raciocinio para guiar la voluntad,—como se sirve de sus antenas el insecto, que dijo Schopenhauer.—Sin duda que lo más honroso, y á la vez lo más cómodo para él, sería largarse á París, á disfrutar en paz y en ó sin gracia de Dios los caudales granjeados á fuerza de sudores; pero lo natural, lo directo, lo inconsciente, es el *volunto* de ahogar á la Dolorosa entre sus brazos, en el frenético primer arrebató de pasión... y morir al matarla, porque ya su vida no tiene objeto, ni razón su existencia en los dominios de la poesía.

Como *drama romántico de chaqueta* —es la definición del propio autor,— considero admirable á *El Niño de la Bola*. Como obra de arte docente, no le otorgo igual consideración, no tanto porque en general condene yo la tendencia y el do-

centismo en el arte, sino porque entiendo su aplicación de modo distinto, y, en especial, por aquello de *si vis me flere...*, es decir, que el autor no puede *convencer* sino cuando él está plenamente convencido, con fe vividora, robusta y sincerísima.

III

La Pródiga.

Alarcon no debía de estarlo mucho, ya que después del *Niño de la Bola* acentuó las concesiones escribiendo *La Pródiga*. La gradación de estas tres novelas es muy significativa. En la primera hay alarde de rigurosa y cerrada ortodoxia. En la segunda sólo se defiende el espiritualismo y la religiosidad *abstracta*. En la tercera, menos aún: la moral social, ó por mejor decir, la convención, lo formal y externo de la vida, su artificio y ordenación simétrica; el respeto á las apariencias y al *qué dirán*. Julia, ó sea *La Pródiga*, no ha incurrido, si bien se

mira, en deslices que no puedan achacarse á otras muchas damas de su misma esfera, las cuales viven rodeadas de consideraciones, en el seno de la familia, y mueren lloradas de amigos, parientes y deudos, probablemente sabedores de su historia secreta é indulgentes con ella, ya por afecto, ya por espíritu de tolerancia. La única diferencia entre estas damas y *La Pródiga*, la expresa el Conde de las Acacias al referir á Guillermo de Loja, en un sarao, la historia de la romántica dueña del cortijo del Abencerraje.... «¡Julia ha tenido siempre el pícaro defecto de ser demasiado franca y atrevida!... El gran delito de Julia, por lo que respecta al mundo en que estamos, es no haber vuelto á casarse, y, sobre todo, haberse arruinado. Si hoy conservara sus millones, y hubiese contraído matrimonio con cualquiera de sus amantes, sin perjuicio de tener enseguida amores con los demás; si hubiera venido á Madrid acompañada de esposo y cortejo, siquiera fuese el esposo un tahir y el cortejo un espadachín,

podría estar dando este baile, ú otro mucho más concurrido, para lo cual todos los aquí presentes habríamos buscado una invitación, teniendo á mucha honra danzar, refrescar, cenar, fumar y jugar en él...» Esta es la pura verdad, y si *La Pródiga* se dá la muerte en su último refugio y sobre su olvidada tumba crecen la ortiga y el jaramago, no es porque esa mujer de alma ardiente y generosa ha infringido la eterna ley moral que brilla allá en las serenas alturas del Bien infinito, sino porque no persiguió el fuego fatuo de la estimación mundana, ¡que, á diferencia de los otros fuegos fatuos, no huye de quien corre tras él!....

He oído sostener que *La Pródiga* es una condenación austera de la *emancipación femenina*. Singular concepto tendrán de la *emancipación femenina* los que tal piensen. Si la emancipación consistiese en poder anudar cuatro intriguillas amorosas, ¡los siglos que hace que estaría emancipada la mujer! *La Pródiga* y *El Escándalo*, reunidos, demuestran lo contrario:

á saber, que ni el varón ni la hembra pueden impunemente desafiar á la sociedad ostentado sus devaneos y pasiones, pero que por lo regular, y salvo el castigo que arrostran y que tarde ó temprano les alcanza, los menos disimulados no son los más corrompidos.

Julia no se parece á una emancipada; es á lo sumo una mujer que *siente en alta voz*, y tan sujeta á la rutina, que ni se le ocurre protestar contra la injusta diversidad del criterio social respecto á los dos sexos, puesto que cree de buena fe que sus amoríos pasados la inhabilitan para ser esposa de Guillermo de Loja... de Guillermo de Loja, que habría tenido otros tantos amoríos y aventuras como ella, por lo menos, y que en condiciones de carácter, en nobleza, resolución, desinterés, firmeza y valentía, era tan inferior á ella, que no le llegaba á la suela del zapato!

Es, pues, totalmente inexacto lo que en la *Historia de mis libros* dice Alarcon al calificar á *La Pródiga* de «alegato en

favor de las leyes divinas y humanas que rigen nuestra sociedad». Harto fácil sería demostrar que, al contrario, *La Pródiga* convence de que al amparo de la sociedad tales leyes se desacatan sin escrúpulo ni riesgo, y el único modo de no poder eludirlas, es aislarse de esa sociedad ó ponersele de frente.

Ocurrió á *La Pródiga* lo que aquí suele suceder á los libros de todo autor que publica más de uno; lo que diariamente estamos presenciando: cayó entre el silencio de la prensa, mientras el público la agasajaba comprándola y devorándola con la avidez que merecía un libro tan sabroso y gallardamente escrito, una historia de amor tan dramática é interesante.— Alarcon, suspicaz y desconfiado á fuer de hombre de imaginación viva, creyó ver misteriosas conspiraciones del silencio donde no había probablemente sino desidia y pereza crítica, y su amargura, reforzada tal vez por el público homenaje que á Pérez Galdós tributaron sus muchos lectores y admiradores, le dictó la funesta

resolución de no volver á escribir más.— No he de omitir que entre *El Niño de la Bola* y *La Pródiga*, había dado á la estampa un cuentecillo, *El Capitán Veneno*, bien cincelado, como suyo, pero de escasa importancia, hasta como estudio de un carácter original, pues tenía precedentes en la linda comedia de Narciso Serra, *Don Tomás*.—Volviendo á los recelos y *resquemores* de Alarcon, es evidente que adquirieron intensidad dolorosa, y nos privaron, sin duda alguna, de varias novelas, que, como las tres que he examinado, no podrían menos de contarse en el número de las más primorosas que se han escrito en lengua española. Porque, á diferencia de Pereda, Alarcon era, novelista nato: sabía cautivar, embelesar, fingir caracteres, mover afectos y pasiones, vestir de gala el pensamiento, y enlazar con destreza admirable los capítulos.

Lo que sobraba en las novelas de Alarcon era... lo distinto, aunque no ajeno al arte; precisamente lo que no demanda tanta inspiración, cuanto reflexión, altísi-

ma cultura, y, como he venido indicando en todo este estudio, *fe y esperanza* inquebrantables en Dios y en los hombres... Pero olvidad al moralista; no extreméis rigores con el pensador; prescindid del filósofo,—recordando que también se puede errar por exceso de fe y por embriaguez filosófica, como Tolstoy,—y considerad solo al *poeta*... Yo procuro hacer esta distinción necesaria, y una vez hecha, ya estoy de acuerdo con el numeroso y devoto público que conserva Alarcon todavía.

